

LA ESPAÑA SOCIAL, 1900-1923. ESTRUCTURAS, CAMBIOS, COMPORTAMIENTOS

FRANCISCO VILLACORTA BAÑOS

Hasta hace relativamente poco tiempo los estudios clásicos de historia social solían privilegiar el peso de las grandes magnitudes estructurales sobre cualquier otra determinación histórica. Las clásicas secuencias conceptuales que, con carácter general, ligaban revolución agrícola, desarrollo económico, transformaciones demográficas, industrialización, proletarianización, urbanización, etc., y por descontado, las específicas que con respecto a España categorizaban la singularidad de su desarrollo histórico contemporáneo en términos de «fracaso de la revolución industrial», «industrialización tardía» o «economía dual» fueron el sólido substrato sobre el que durante bastantes años del franquismo tardío y del postfranquismo se levantaron las reflexiones más fructíferas acerca de la historia española. A todos ellos les seguían una parte alícuota de estructuración social a la vez homologable y singular —y por supuesto, su parte correspondiente de experiencias políticas compartidas y particulares— respecto a los modelos históricos acreditados en la historia continental, en definitiva, respecto a las categorías —la economía capitalista clásica, la democracia parlamentaria y las libertades personales— de lo que se consideraba el paradigma de la modernización.

Este último concepto continúa siendo el eje sobre el que gira en buena parte la actual reflexión historiográfica sobre la España social del siglo XX¹, sólo que ahora enriquecida por algunos enfoques renovadores, que más adelante mencionaré. Adelanto aquí que pretendo ofrecer en esta ponencia algunos datos concretos, aunque necesariamente someros, para entender ese proceso desde el campo que se me ha confiado: el de la historia social, pero también indicar cómo la historiografía lo ha analizado y cómo lo analiza en la actualidad, en qué secuencia conceptual ha emplazado este tema la prác-

¹ No se trata solo de los diversos trabajos con los que la profesora T. CARNERO ARBAT ha querido difundir los caracteres de esta reflexión sociológica. Algunos de ellos en *Modernización, desarrollo político y cambio social*. Madrid, Alianza, 1992. Sobre España, «Modernització, desenvolupament polític i canvi social: Espanya (1874-1931)», *Recerques*, 23, 1990, pp. 73-89.) En realidad, las tensiones entre tradición y modernidad han sido el enfoque, explícito o implícito, de buena parte de la historiografía social y económica más reciente.

tica historiográfica española de los últimos tiempos, es decir, cómo ha procedido, utilizando una feliz expresión, la «gestión de la memoria» de ese pasado social², cómo el propio historiador se ha sentido implicado en él, que no es asunto menor, dado que son los interrogantes los procedimientos más genuinos de la investigación científica, los que condicionan la índole de las respuestas posibles, incluida la utilización de un aparato conceptual específico. Pues bien, durante mucho tiempo esa secuencia se organizó en buena medida en torno a las categorías de análisis social y a los mecanismos de la dialéctica histórica de raíz marxista. Es cierto que no en todos los casos, aunque hay que reconocer que la temática social fue patrimonio fundamental de esta escuela historiográfica y que su influencia se dejó sentir ampliamente en el discurso de la historia social académica, incluso entre los no marxistas. Nos referimos, como es obvio, al concepto de clase social, con la burguesía y el proletariado como ejes centrales de la estratificación social del mundo contemporáneo³, junto con aquellas otras colaterales definidas por relación a ellas, bien como clases, bien como protoclasas: aristocracia, pequeña burguesía, antiguas o nuevas clases medias, proletariado o subproletariado agrícola. Todas ellas ancladas en sus fundamentos genéticos en el sistema productivo y conformadas en su dialéctica histórica por el conflicto clasista. Con mayor o menor anclaje metodológico en los textos fundacionales, con mayor o menor rigor conceptual —más bien menores por lo general— los datos de este abecedario marxista se pueden atisbar en buena parte de los trabajos monográficos acotados por los referidos conceptos a lo largo de casi tres décadas. El segundo rasgo significativo fue el emplazamiento de esas categorías con respecto al orden de lo político, es decir, con respecto a la práctica política y a acción de gobierno, con respecto genéricamente a su participación en el alumbramiento del sistema de «poder burgués», con el Estado liberal-democrático en su centro, que fue el núcleo organizador por excelencia de la vida histórica en el siglo XIX y el proceso necesario del plan histórico de modernización de las sociedades capitalistas contemporáneas. En este contexto, el emplazamiento político mencionado resultaba doblemente pertinente, puesto que además de englobar las categorías propias de

² Me refiero al libro de J. S. PÉREZ GARZÓN, E. MANZANO, R. LÓPEZ FACAL y A. RIVIÈRE: *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*. Barcelona, Crítica, 2000.

³ Respecto a España, tal dicotomía comienza a percibirse claramente desde el siglo XIX, M. PEREZ LEDESMA: «Ricos y pobres; pueblo y oligarquía; explotadores y explotados. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 10, 1991, pp. 59-88. También «Clases sociales e historia. Algunas precisiones en torno a un concepto», en *La crisis de la Restauración: España, entre la I Guerra Mundial y la Segunda República*. Ed. de J. L. GARCÍA DELGADO. Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 417-429. Algunas apuntes parciales, aunque muy significativos, sobre la evaluación estadística de los conceptos clasificatorios de los estratos populares en M^a. A. FERNÁNDEZ, y J. F. FUENTES: «Análisis lexicométrico de El Socialista (1886-1912): un vocabulario de clase», en *Hispania*, 206, LX/3, septiembre-diciembre, 2000, pp. 1047-1066.

ese campo —la organización del Estado liberal, el constitucionalismo, la representación parlamentaria y las libertades personales— se añadía en el caso español el papel jugado por el Estado en otra categoría esencial del sistema —la economía de mercado— como es característico en general de los modelos de industrialización tardía.

Así, en la confluencia de esos dos factores fueron surgiendo algunas formulaciones o interrogantes historiográficos, algunos antiguos, otros más recientes, que podemos llamar sociopolíticos, en la medida en que se emplazan a la vez en el terreno de las formas de estructuración social y en el de la organización del poder —o contrapoder— político; fórmulas tales como el bloque de poder oligárquico, hegemonizado por el capitalismo financiero y la aristocracia terrateniente en que cristaliza la etapa final del liberalismo español⁴; el caciquismo/clientelismo como carácter específico de la estructura o hasta diríamos de la antropología social que le sirve de cobertura en la explotación de los recursos y en la gestión política de los ámbitos locales; la vía «prusiana» de transición del feudalismo al capitalismo en el campo español que perpetúa una estratificación social particularmente desequilibrada en amplias zonas del territorio nacional⁵; el modelo de capitalismo burgués español, especulativo y depredatorio, proteccionista y subsidiario del Estado, después convertido en nacionalismo económico corporativizado; la debilidad de las clases medias o, dicho en su formulación política, la ausencia del elemento estabilizador mesocrático o los interrogantes sobre la distribución del sindicalismo reformista y revolucionario, poco acorde con los arquetipos teóricos convencionales al respecto⁶. Cualidades, todas ellas, nada exóticas en la historia general del desarrollo económico capitalista y de las llamadas sociedades burguesas del siglo XIX, pero especialmente determinantes en España —se pensaba— hasta el punto de configurar una experiencia histórica de retraso y anomalía respecto a los modelos históricos continentales dominantes⁷.

¿Cuál es la validez de todos estos conceptos historiográficos en los que

⁴ Mencionemos como referencia el artículo de M. TUÑÓN DE LARA: «La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico», en *Estudios sobre el siglo XIX español*, 1974, 155-238. Una exposición más sistemática de estas categorías del análisis social, del mismo autor: *Metodología de la historia social de España*. Madrid, Siglo XXI eds., 1973.

⁵ Que es la interpretación de Josep FONTANA: *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. Barcelona, Ariel, 1973, pp. 149-196.

⁶ La historiografía española sobre todos estas cuestiones es numerosa. Todas ellas inciden patentemente sobre la cuestión que centra este trabajo, como es la de la estructura social. Pero han sido con frecuencia los sociólogos y demógrafos, a quienes su disciplina ha impulsado con mayor propiedad a detenerse en cuadros objetivos de distribución social, los que a la larga han terminado por proporcionar las visiones de conjunto más pertinentes dentro del concepto actual de historia social. Véase J. F. TEZANOS: *La estructura de clases en la España actual*. Madrid, Edicusa, 1975 y J. F. TEZANOS, J. LÓPEZ APARICIO, J. L. RODRÍGUEZ y R. DOMÍNGUEZ: *Las nuevas clases medias*. Madrid, Edicusa, 1976.

⁷ Un resumen de esta forma de leer la historia reciente de España en S. JULIÁ: «Anomalía, dolor y fracaso de España», en *Claves de la Razón Práctica*, 66, octubre, 1996, pp. 10-21.

se ha estado moviendo la historiografía social española de las últimas décadas a la luz por una parte de las nuevas corrientes metodológicas y por otra de las investigaciones monográficas más recientes, referidas al trayecto cronológico que nos ocupa?

La primera observación, la más general, es que las primeras décadas del siglo XX no constituyen históricamente la continuidad invariable del XIX que se había supuesto y que ciertas parcelas de transformación, llamémosle modernización —en sentido general y por añadidura en el ámbito de la estructuración social— comienzan a ganar terreno, incluso si se admite, que ya es mucho, que se trata de una sociedad que, en términos generales y particularmente referido al tracto cronológico que aquí se analiza, se encuentra más instalada en la inercia que en la aceleración.

La segunda, ya de tipo metodológico, es que además la historiografía ha comenzado a observar los fenómenos sociales de manera algo diferente. Lo primero a reseñar es, sin duda, cierta crisis de los clásicos conceptos clasificatorios de lo social, en especial el análisis de la estratificación social en términos exclusivos de clase estructural, en parte como consecuencia del descrédito de los procedimientos escolásticos marxistas de delimitación de las clases sociales, no sólo de las primitivas acepciones cientifistas e historicistas del marxismo, sino también de la forma en que lo abordó en los años setenta del siglo XX el estructuralismo marxista. «Ninguna categoría histórica —decía al respecto E. P. Thompson en su alegato antiestructuralista de 1978— ha sido más mal interpretada, atormentada, vulnerada y deshistorizada que la de clase social» al convertirla en un producto estático de fuerzas ciegas de la historia y no de la acción y la conciencia de los seres humanos⁸. Por no entrar ya, para las etapas más recientes, en la descapitalización simbólica del marxismo derivada de la caída de los regímenes políticos comunistas⁹. Inseparablemente de ello, la introducción de una mirada cada vez más compleja sobre aquellas categorías de análisis social y de la necesidad de una reconstrucción microhistórica de sus componentes. A resultados de todo ello, bien puede decirse en una primera aproximación que la mayor parte de los supuestos, explícitos o implícitos, de la historia social clásica han sufrido una considerable revisión formal, desde los propios términos identificadores hasta la tendencia a organizar el conocimiento histórico en torno a los

⁸ E. P. THOMPSON: *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, citado de la edición española de 1981, p. 78. Sobre su influencia en la historiografía social, J. MILLÁN: «La formación de las clases después de Thompson: algunos debates actuales», en *A vueltas con el sujeto, Historia Contemporánea*, 13-14, 1991, pp. 63-85.

⁹ El libro *Cien años después de Marx: ciencia y marxismo*. R. REYES, (ed.). Madrid, Akal, 1986 ofrece un amplio panorama del enfoque marxista en diversas ciencias humanas, así como, con cierta frecuencia, de su transición hacia estas nuevas perspectivas postmarxistas que venimos apuntando. Unas interesantes observaciones sobre la trayectoria reciente del marxismo en F. FERNÁNDEZ BUEY: «Marxismos e historia hoy», en *Problemas actuales de Historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*. Salamanca, Universidad, 1993, pp. 211-227.

interrogantes generales que esas mismas categorías de clase social, formación social, revolución burguesa, modo de producción, lucha de clases, procesos de transición etc.. daban por sentado, por supuesto en el marco de una historia totalizante, vertebrada por la concepción materialista; desde la restrictiva propensión a agotar el tema social en la historia de los movimientos obreros a los presupuestos de la acción colectiva, que frente al modelo dualista y teleológico anterior, se encuentran hoy ampliamente influenciados por lo que se suele conocer genéricamente como teoría de la movilización de recursos, una teoría civilista y poliédrica de la estratificación y del poder social¹⁰. En la práctica historiográfica esto ha significado volver sobre datos a veces no suficientemente valorados por su manifiesta orientación aclasista, como las clasificaciones socio-profesionales y el resto de los datos proporcionados por las estadísticas oficiales de carácter demográfico, económico o fiscal. Todos ellos han adquirido además una nueva perspectiva desde el momento en que han comenzado a analizarse en espacios geográficos reducidos por medio de los datos de todo tipo que proporcionan las fuentes archivísticas y hemerográficas locales. Ha significado también apelar a determinantes múltiples de la estructura social. Desde la antropología social se han puesto de relieve los fundamentos complejos, con frecuencia nada económicos, de las jerarquías sociales en los sistemas sociales antiguos, sistemas que en absoluto se pueden considerar extraños a la España —y a la Europa— del siglo XIX y buena parte del XX. Desde la propia tradición marxista, por otra parte, se ha ido percibiendo de forma mucho más abierta algunos de sus conceptos-eje, como los de modo de producción, clase social, formación social o explotación¹¹. Ha significado en fin —y este es sin duda

¹⁰ Dos reseñas generales accesibles sobre las nuevas corrientes de la historia social son las de S. JULIÁ: *Historia social/sociología histórica*. Madrid, Siglo XXI ed., 1989 y J. CASANOVA, *La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?*. Barcelona, Crítica, 1991. También, M. PÉREZ LEDESMA: «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», en *Problemas actuales...*, pp. 141-187. Referidos a la evolución de la historiografía social española resultan muy interesantes los artículos de J. ALVAREZ JUNCO y M. PÉREZ LEDESMA: «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12, marzo-abril, 1982, pp. 19-41, artículo que puso en cuestión por primera vez de forma explícita las categorías dominantes de la historia social española de aquellos años; J. ALVAREZ JUNCO: «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad post-franquista», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. E. Larrañe y J. Gusfield, eds. Madrid, CIS, 1994, pp. 413-420 y S. JULIÁ: «La historia social y la historiografía española», en *La historia en el 92*, J. P. FUSI, ed., *Ayer*, 10, 1993, pp. 29-46.

¹¹ Un ejemplo de estas nuevas perspectivas neomarxistas son los trabajos de E. Olin WRIGHT: Los más destacados: *Clase, crisis y Estado*. Madrid, Siglo XXI eds., 1983 y *Clases*. Madrid, Siglo XXI editores, 1995. Del mismo autor, una síntesis de esta complejidad de las concepciones neomarxistas sobre las clases: «Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases», en *Teorías contemporáneas de las clases sociales*. J. CARABANA y A. DE FRANCISCO (Comps.). Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, pp. 17-125, así como el resto de los capítulos del libro a cargo de V. BURRIS, A. de FRANCISCO, Fh. Van PARIJS y J. GOLDTHORPE.

un dato de particular relieve en la historiografía más reciente en el que han coincidido marxistas y no marxistas— revalorizar los datos de la cultura, la conciencia y la acción colectiva como agentes esenciales conformadores de las realidades sociales, y no sólo su reflejo superestructural en el marco de la ideología y de la organización social.

Examinemos, aunque sea brevemente, algunos datos relacionados con estas cuestiones. La historiografía, sin duda relevante, de las últimas décadas permite, en efecto, una más extensa mirada en horizontal sobre el escenario de los fenómenos sociales, es cierto que siempre con las limitaciones impuestas por la naturaleza con frecuencia no muy generosa de las fuentes. En concreto, las catalogaciones socioprofesionales de las estadísticas oficiales de censos o tributación resultan muy problemáticas en sí mismas. Su difícil homologación con las categorías clasistas de la historia social es ya casi un tópico, aunque últimamente se las haya valorado también por su esfuerzo para clasificar la mano de obra en categorías precisas de carácter industrial frente a denominaciones genéricas de índole semidoméstico, como la de jornalero, o se haya intentado un análisis más rico y preciso desde el punto de vista de la metodología formal¹². Lo habitual ha sido, sin embargo, una percepción más descriptiva que interpretativa. Es más, ni siquiera resulta excesivamente segura su distribución en segmentos de actividad profesional mucho más genéricos, como los de los sectores económicos. Y así se explica que los trabajos existentes al respecto proporcionen resultados a veces bastante divergentes. Una trabajo de síntesis, elaborado a partir de los resultados relativamente recientes de algunos de estos recuentos, muestra variaciones de hasta más de once puntos porcentuales para los mismos años y sectores y una considerable desviación media entre unas y otras evaluaciones¹³.

¹² Las dificultades en la lectura de este tipo de datos habían sido ya puestas de relieve, para una etapa histórica anterior, por J. M. JOVER ZAMORA: «Situación social y poder político en la España de Isabel II», en la recopilación *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*. Madrid, Turner, 1976, pp. 231-344. También, A. M. CALERO: «La estructura socioprofesional: fuentes y métodos de clasificación», en *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las Ciencias Históricas. IV, Historia Contemporánea*. Santiago de Compostela, 1975, pp. 257-264. Recogemos la observación sobre las catalogaciones modernas de tipo industrial en R. REIG: «El republicanismo popular», en *El republicanismo español*, A. DUARTE y P. GABRIEL, Eds., Ayer, 39, 2000, pp. 89-90, que remite a la tesis doctoral de C. SARASÚA: *The Rise of the Wage Worker. Peasant families and the Organization of Work in Modern Spain*. El estudio moderno a partir de las estadísticas oficiales del censo en, David S. REHER, con la colaboración de M. N. POMBO y B. NOGUERAS: *España a la luz del censo de 1887*. Madrid, INE, 1993.

¹³ El trabajo a que nos referimos es el de G. A. PÉREZ SÁNCHEZ: «La sociedad contemporánea en transformación», en *Alfonso XIII y la Segunda República (1898-1936)*, P. CARASA SOTO y otros. Madrid, Gredos, 1991. Los recuentos analizados en pp. 152-155 se refieren a los de J. SÁNCHEZ JIMÉNEZ: «La población, el campo y las ciudades», en *Los comienzos del siglo XX*. Pról. de M. TUÑÓN DE LARA. T. XXXVII de la *Historia de España Menéndez Pidal*. Madrid, Espasa Calpe, 1984; V. BIELZA DE ORY: «La población», en *Revolución y Restauración (1868-1931)*, t. XVI-1 de la *Historia General de España y Amé-*

Pero aunque sea con este grado de aproximación, de los datos directos que nos proporciona este tipo de fuentes podemos colegir que la sociedad española de las dos primeras décadas del XX se encuentra en un proceso, más o menos profundo, de cambio: desplazándose desde el campo hacia las ciudades y hacia el exterior, de lo que son buen testimonio los más de cinco millones de personas desplazadas fuera de España entre 1880 y 1930, con un saldo migratorio negativo de casi un millón¹⁴; con unas actividades sociales cada vez más capitalizadas, lo que representa, sin duda, un indicador privilegiado del desarrollo económico y de la modernización social¹⁵. Las estadísticas nos mencionan para 1920 una proporción oscilante entre un máximo de setenta y cuatro obreros por patrón en las explotaciones mineras y un mínimo de poco más de dos en las industrias alimenticias. Nada muy diverso, nos dicen las historias de la industrialización y de la actividad empresarial, a las magnitudes equivalentes en otros países del entorno europeo, aunque ciertamente esos datos nada dicen sobre la urdimbre del tejido industrial en sí mismo¹⁶. Una sociedad, además, en la que los indicadores demográficos básicos van mejorando, aunque sea muy lentamente. El descenso de más de nueve puntos en el índice de mortalidad en los primeros veinticinco años de este siglo, así como un considerable aumento de la esperanza de vida al nacer serían sin duda los datos demográficos básicos más positivos¹⁷.

Junto a esta mirada en horizontal sobre los caracteres demográficos, los indicadores generales de actividad y las clasificaciones socioprofesionales está la otra en vertical de los estudios monográficos, bien de tipo local, donde es posible una percepción más precisa sobre aquellas clasificaciones, bien de tipo social, donde se pueden discriminar estrategias empresariales en la explotación de los recursos, redes de relaciones sociales, niveles de consu-

rica. Madrid, Rialp, 1982; A. SOTO CARMONA: *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*. Barcelona, Anthropos, 1989 y R. NICOLAU: «Población», en *Estadísticas Históricas de España, siglos XIX y XX*. A. CARRERAS, coord. Madrid, Banco Exterior de España, 1989.

¹⁴ Son las cifras que proporciona B. SÁNCHEZ ALONSO: *Las causas de la emigración española, 1880-1930*. Madrid, Alianza, 1995, a pesar de las dificultades todavía existentes para fijarlas con relativa fiabilidad.

¹⁵ Como señala J. C. RUEDA LAFFOND: «El tejido social y económico de Madrid a través del Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas de 1923», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 3, 1990, p. 366.

¹⁶ Datos en A. SOTO CARMONA, obr. cit., p. 69. Algunas aproximaciones generales a la industrialización española de este período, J. NADAL: «La industria fabril española en 1900. Una aproximación», en J. NADAL, A. CARRERAS y C. SUDÍ, (eds.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987; A. CARRERAS y X. TAFUNELL: «La gran empresa en la España contemporánea: entre el mercado y el Estado», en F. COMÍN y P. MARTÍN ACEÑA: *La empresa en la historia de España*. Madrid, Civitas, 1996.

¹⁷ El índice de mortalidad pasó del 28,8 por mil habitantes en 1900 al 19,4 en 1925. La esperanza de vida, de 34,76 años en 1900 a 49,97 en 1930. Datos de J. SÁNCHEZ JIMÉNEZ, obr. cit.

mo, formas de vida, espacios de sociabilidad; en síntesis, comportamientos diversificados y no solo hipotéticas actitudes homogéneas de clase, entidades sociales en acción y no en esencia. Los cambios en este punto han sido considerables hasta el punto de que en la historiografía española más reciente los conceptos de élite, de notabilidades, de grupos sociales complejos han sustituido en buena medida a los tradicionales del enfoque clasista; el análisis de los liderazgos político-sociales, al de los hipotéticos bloques homogéneos de poder¹⁸, la búsqueda de las redes de movilidad social, al de las estructuras determinantes, el estudio de lo particular, de lo biográfico, —de la biografía individual o de la colectiva: la prosopografía— a los intentos por identificar los caracteres comunes de categorías sociales homogéneas¹⁹. Una

¹⁸ Tres trabajos ya clásicos dieron un impulso considerable a esta forma de percepción de los hechos político-sociales: los de J. TUSELL: *Oligarquía y Caciquismo en Andalucía (1890-1923)*. Madrid, Planeta, 1976, J. VARELA ORTEGA: *Los Amigos Políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid, Alianza, 1977 y J. ROMERO MAURA: «El caciquismo: tentativa de conceptualización», *Revista de Occidente*, 127, octubre, 1973, pp. 15-44. Más recientemente, P. CARASA SOTO: «Élites castellanas de la Restauración. Del bloque de poder al microanálisis», *Historia Contemporánea*, 13-14, 1996, pp. 157-196 y P. MARTÍN ACENA: «Requiem por el bloque de poder», *Revista de Occidente*, 113, 1990, pp. 151-154.

¹⁹ Una amplia renovación historiográfica que va desde la biografía política o empresarial, metodológicamente enriquecida, a la que está dando una importancia creciente, citemos como ejemplos más recientes los de S. FORNER CASALS sobre Canalejas, J. MORENO LUZÓN sobre el conde de Romanones, J. TUSELL, C. ROBLES MUÑOZ y M. J. GONZÁLEZ sobre Maura, VEIGA ALONSO sobre el conde de Pallares, M. CABRERA sobre Nicolás M^a Urgoiti y J. R. MILÁN GARCÍA sobre Sagasta. Aspectos metodológicos sobre este nuevo género biográfico en X. R. VEIGA ALONSO: *O conde de Pallares e o seu tempo, 1828-1908. Aproximación ó activismo das elites na Galicia decimonónica*. Lugo, Diputación Provincial, 1999, pp. 13-28 y «Individuo, sociedad e historia. Reflexiones sobre el retorno de la biografía», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 13-14, 1995-1996, pp. 131-147. La prosopografía está siendo cultivada por un buen número de grupos en toda España. Citemos como ejemplo el grupo del Instituto de Historia del CSIC, encabezado por J. R. URQUIJO Y GOITIA y E. GONZÁLEZ CALLEJA, con un ambicioso estudio en curso sobre los ministros de la época contemporánea, J. R. URQUIJO Y GOITIA: «Diccionario biográfico de los ministros españoles del siglo XIX», *Historia Contemporánea*, 13-13, pp. 323-330; el de la Universidad del País Vasco, con algunas publicaciones destacadas en los últimos años: J. AGUIRREAZKUENAGA ZIGORRAGA, S. SERRANO ABAD, J. R. URQUIJO GOITIA y M. URQUIJO GOITIA: *Diccionario biográfico de los Parlamentarios de Vasconia (1808-1876)*. Vitoria-Gazteiz, Parlamento Vasco..., 1993 y J. AGUIRREAZKUENAGA, J. M. BEASKOETXEA, J. GRACIA, F. MARTÍNEZ, R. MIEZA, J. A. MORALES, J. PÉREZ, S. SERRANO, J. R. URQUIJO, M. URQUIJO y L. VALVERDE: *Diccionario biográfico de los Diputados Generales, Burócratas y Patricios de Bizkaia (1800-1876)*. Bilbao, Juntas Generales de Bizcaya, 1995; y el grupo de la Universidad de Valladolid, dirigido por P. CARASA SOTO: *Élites. Prosopografía contemporánea*. Valladolid, Universidad, 1994; *Élites castellanas de la Restauración. Diccionario biográfico de parlamentarios castellanos y leoneses (1876-1923)*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1997, 2 vols.; *Élites castellanas de la Restauración*, monográfico de *Investigaciones Históricas*, 15, 1995. Un resumen teórico de estas posturas, en SERRANO GARCÍA, R., CARASA SOTO, P. y CALVO CABALLERO, P.: «El caciquismo bajo la lámpara prosopográfica. Sociedad y ejercicio del poder en la Castilla de la Restaura-

mirada, en definitiva, cada vez más plural y diversificada, correspondiente a una sociedad que se supone cada vez más compleja, en el sentido sociológico del término, lo que para el campo que nos ocupa significa una multiplicación de los factores estructurales, institucionales o culturales condicionantes de la estratificación social; factores que con frecuencia las concepciones dicotómicas clásicas habían minusvalorado. En propiedad, la magnitud de ese cambio no reside, pues, tanto en la tarea acumulativa y erudita que proporcionan las visiones de proximidad local o social como en el hecho de hacer de estos recursos epistemológicos el fundamento básico de una nueva historia social y, en un sentido más genérico, de una nueva historia social de lo político²⁰. Pongamos de relieve aunque solo sea algunos de esos factores, los que desde mi punto de vista son los más decisivos.

El Estado, en primer término. Y en, al menos, tres dimensiones. Los estudios convencionales que analizan el Estado desde el punto de vista de la estratificación social lo hacen buscando las pautas —bien genéricas, bien particulares— que lo ligan, en cuanto organización económica, con su personal y los caracteres compartidos que éste pueda tener con el resto de asalariados. Se trata de una reflexión en absoluto novedosa, puesto que ya desde al menos el final del siglo XIX se desarrolla una vía de reflexión sobre el tema, a propósito particularmente del estatuto jurídico del funcionario dentro del Estado y de su derecho de huelga²¹. Sin entrar con detenimiento en ese debate, que solo tangencialmente toca a nuestro objetivo, es cierto que el Estado comienza a ser ya desde las primeras décadas de este siglo un centro importante de contratación de personal, (más de 266.000 podía ser la cifra de funcionarios públicos y asimilados de todas las administraciones públicas en torno a los años 20, según Tuñón de Lara²²); y de un personal convencionalmente emplazado en estratos sociales intermedios y en posiciones estructural-ideológicas contradictorias, oscilantes, al menos ya en

ción», en *Contributions to European Parliamentary History*, J. AGUIRREAZKUENAGA & M. URQUIJO, Eds., Bilbao, Juntas Generales de Bizkaia, 1999, pp. 667-689. Algunos datos sobre las dificultades y posibilidades que conllevan todos estas diferentes categorías del análisis social, en J. PRO RUIZ: «Las élites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)», *Historia Social*, 21 1995 (I), pp. 47-69.

²⁰ En esta línea se inscribe el monográfico de la revista *Hispania*, 201, LIX/1 (1999), que lleva por título *El poder local en la España contemporánea* con trabajos de P. CARASA SOTO, E. TOSCAS, M. MARTÍ, S. CRUZ ARTACHO, F. COBO ROMERO y L. S. DíEZ CANO, así como otros trabajos de E. TOSCAS y M. MARTÍ.

²¹ Aunque referido a Francia, resulta muy útil para España, dada la sinergia de los fenómenos burocráticos en ambos países, el libro de P. HARMIGNIE: *El Estado y sus agentes (el sindicalismo administrativo)*. Madrid, s. f.. Sobre el estatuto burocrático y el derecho de huelga de los funcionarios. L. BERTHÉLEMY: *Le droit de grève et les fonctionnaires publics*. París, 1909 y M. LEROY: *Les transformations de la puissance publique: les syndicats de fonctionnaires*. París, 1907. Sobre España, la tesis doctoral de R. de PINA: *Los funcionarios públicos y la huelga*. Universidad de Madrid, 1927.

²² M. TUÑÓN DE LARA: «Estructura sociales 1898-1931, en *Los comienzos del siglo XX.*, p. 515.

este siglo con total claridad, entre la subordinación casi diríamos doméstica o clientelar a la acción de gobierno y la conciencia del vínculo racional objetivado que caracteriza a la burocracia moderna. No son frecuentes las reflexiones historiográficas exactas a este respecto, es decir, fundamentadas en investigaciones empíricas de primera mano. Más bien lo que predominan son generalizaciones convencionales a partir de un conocimiento también genérico del Estado, lo que hace que se sigan esgrimiendo para el siglo XX los tópicos del cesante, del Estado fagocitado por las apetencias de un régimen político de *spoils system* y cosas por el estilo, cuando investigaciones rigurosas, y en ocasiones nada recientes, han puesto de manifiesto que el fenómeno burocrático por excelencia del siglo XX fue más bien el contrario: la tendencia hacia corporativización rígida del régimen de personal al servicio del Estado²³.

Pero a los efectos que nos ocupa tampoco es posible dejar de considerar el Estado en cuanto centro regulador de las relaciones jurídicas de la sociedad. Desde la aparición del libro provocador de Arno J. Mayer²⁴ no es infrecuente enfocar el estudio del siglo XIX y hasta del XX en términos de continuidad respecto al Antiguo Régimen, incluso más allá de cualquier sentido de la prudencia, confundiendo, tal vez deliberadamente, la continuidad de los tejidos sociales, lo que resulta innegable, con las transformaciones institucionales y jurídicas, lo que resulta imprescindible para entender los cambios sociales tanto en su acepción sociológica como proyectiva. Con todo sí es posible interrogarse, respecto a España, sobre la continuidad de un resistente *habitus* jurídico-ideológico de gestión de los intereses individuales y de las prácticas sociales de tipo antiguo, vertebrador de estructuras y *status* sociales, perfectamente arropado por la tardía codificación civil y desde la fecha del Código (1886) por la pervivencia relativa de los regímenes jurídicos forales. Cómo no recordar en el campo de la economía agrícola la figura de los foros, las *rabassas* y los censos enfitéuticos desamortizados, que en la práctica son, desde un punto de vista social, formas de encuadramiento social vinculadas. Cómo no hacer referencia asimismo al régimen, bastante extendido, de tenencia de tierras llamado de posesión, muy lesivo para

²³ Y no sólo, como bien han investigado A. NIETO: *La retribución de los funcionarios en España. (Historia y actualidad)*. Madrid, Revista de Occidente, 1967 y A. DE LA OLIVA DE CASTRO: «La articulación en Cuerpos de la función pública española. Origen, evolución y resultados ante la clasificación de puestos de trabajo», *Documentación Administrativa*, 96, diciembre, 1965, pp. 11-58 a partir de la Dictadura de Primo de Rivera. Desde las leyes de funcionarios administrativos de comienzos del siglo XIX, como hemos expuesto en otros trabajos, la presión corporativa comienza a ser el eje vertebrador de las reformas de la función pública. Véase especialmente, *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX (1890-1923)*. Madrid, Siglo XXI edit., 1989.

²⁴ Nos referimos a su libro *La persistencia del antiguo régimen. Europa hasta la gran guerra*. Madrid, Alianza, 1984, este tipo de libros-piedra que solo cumplen su objetivo en aguas académicas excesivamente quietas o tan poco profundas como para ser agitadas por la más ligera frisa científica.

la capitalización agraria de tipo moderno. O cómo no recordar en el de las prácticas hereditarias, el régimen catalán de primogenitura (el *hereu* o la *pu-billa*), generador de unas formas de comportamiento social —mantenimiento del mayorazgo, inversión productiva comercial o cultural a favor del resto de los hijos— de indudable trascendencia en la microestructura social²⁵.

Por último, también la consideración del Estado en cuanto órgano regulador de las relaciones de poder resulta pertinente para este enfoque de la estratificación social que venimos analizando. En un sentido general, con la desaparición de las singularidades jurídicas y la disolución del antiguo poder estamental y territorial el nuevo Estado liberal se convirtió en el árbitro de todas las desigualdades, al desplazarlas desde el campo del derecho privado al espacio público de las relaciones políticas. El resultado institucional arquetípico de este nuevo papel fue el Estado interventor jacobino. Si bien es cierto que en España este Estado terminó desde mediados del XIX sacrificando sus objetivos transformadores en favor una función central gubernativa de control y tutela del ejercicio de los derechos civiles y políticos de ciudadanos e instituciones²⁶, tampoco es posible olvidar que desde comienzos del siglo XX especialmente comienza a incrementar sus manifestaciones intervencionistas y reguladoras —en la educación, en el campo de la previsión social, en el ámbito sanitario, en el de las relaciones laborales— un embrión sobre el que se ha levantado el concepto de Estado redistribuidor contemporáneo. Aunque solo sea en sus grandes líneas, la evolución de las cuentas públicas resulta muy significativa al respecto. Si durante todo el siglo XIX el gasto estatal se encontraba abrumadoramente subordinado a las necesidades militares y al compromiso de amortización de la deuda, desde comienzos del XX resulta, en cambio, perceptible una tendencia, bien es verdad que todavía más bien tímida en la época que analizamos, a incrementar los capítulos relativos a la formación del capital humano, a la financiación de instituciones de sanidad, al patronazgo de instituciones de arbitraje social y a la inversión de apoyo a las actividades productivas²⁷.

²⁵ Muy interesantes análisis sobre el funcionamiento de la institución del *hereu*, en LL. FERRER ALÓS: «Familia y grupos sociales en Cataluña en los siglos XVIII y XIX», en *Familia, grupos sociales y mujer en España, siglos XV-XIX*. F. CHACÓN, J. HERNÁNDEZ FRANCO y A. PEÑAFIEL RAMÓN, eds. Murcia, Universidad, 1991, pp. 119-135. Sobre la institución además, A. BARRERA GONZÁLEZ: *Casa, herencia y familia en la Cataluña rural. Lógica de la razón doméstica*. Madrid, Alianza, 1990 e I. TERRADES: «Els orígens de la institució d'hereu a Catalunya: vers una interpretació contextual», *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 1, 1980, pp. 64-97.

²⁶ Una visión general sintética del Estado y la Administración liberal en F. VILLACORBA BAÑOS: «Estructura y funcionamiento de la nueva Administración», en *La época de la Restauración (1875-1902)*, vol. I: *Estado, Política e Islas de Ultramar*. Coord. e introd. por M. ESPADAS BURGOS. Tomo XXXVI de *Historia de España Menéndez Pidal*. Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 145-178.

²⁷ Su clasificación presupuestaria en J. M. SERRANO SANZ: *Los presupuestos de la Restauración (1875-1895)*. Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1987. En un plano com-

La familia es otro de esos elementos estructurantes que ha recibido especial atención en los últimos años. Su análisis con técnicas y categorías prestadas por la antropología nos informa cómo se tejen las redes sociales primarias, fundamentales en la reproducción social y cómo puede transmitirse —o romperse— la línea de la posición social o cómo pueden encadenarse los mecanismos de movilidad intra o intergeneracional en una sociedad en cambio. Y si esto resulta plausible respecto a la familia de todas las categorías del espectro social, lo es aún más con respecto a los grupos dominantes, donde la herencia, el patrimonio, las modalidades dominantes de la economía familiar, las estrategias matrimoniales²⁸ y las redes de clientelismo económico-político generan prácticas consuetudinarias de control y reproducción social ligadas a la familia sobre las que inseparablemente se asienta las bases y las alianzas de poder de los grupos políticos dirigentes. Lo es igualmente en mayor medida en las sociedades rurales, como es la española de la época, en las que, en contraste con el individualismo de las urbanas —según dice I. Moll— resulta difícil «entender al individuo fuera de sus redes familiares»²⁹.

Finalmente, la profesión. Y digo la profesión y no el trabajo, emblema sobre el que descansa la identidad alienada de la clase no propietaria; la profesión como capital cultural y simbólico, como estatus, como atributo de humanidad, no de mercancía, de una práctica experta y como núcleo organizador de unos mecanismos de defensa de los intereses; en definitiva, como categoría fundamental de estructuración y de comportamientos sociales, en torno a la que se ha organizado el gran despliegue de la vida civil de las sociedades liberales a partir del siglo XIX. Su terreno epistemológico clásico es el de la estratificación intermedia, como luego veremos, contrapuesta a las concepciones marxistas tradicionales, aunque ha sido asumida también desde hace ya mucho tiempo como una de sus innovaciones más sugestivas en

parativo, P. TEDDE DE LORCA: «El gasto público en España (1875-1906): un análisis comparativo con las economías europeas», *Hacienda Pública Española*, 69, 1981, pp. 237-265. Sobre educación, NÚÑEZ ROMERO, C. E.: «El gasto público en educación entre 1860 y 1935», en *Historia de la Hacienda en España (siglos XVI-XX): Homenaje a Don Felipe Ruiz Martín*, Hacienda Pública Española, monografías 1/1991, pp. 121-146.

²⁸ Aunque predominan las categorías demográficas sobre las sociales resulta interesante el artículo de David S. REHER: «Dimensiones del mercado matrimonial en la Restauración», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, 2/3, 1994, pp. 47-77.

²⁹ MOLL, I.: «Las redes familiares en las sociedades rurales», *Historia Social*, 21, pp. 125-143, p. 126. Un excelente resumen de estas prácticas familiares en *Historia social de la familia en España. Aproximación a los problemas de la familia, tierra y sociedad, siglos XV-XIX*, F. CHACÓN JIMÉNEZ (Ed.). Alicante, Diputación Provincial, 1990, especialmente pp. 14-15. Un libro de síntesis, básico en este tema, es el de D. REHER: *La familia en España, pasado y presente*. Madrid, Alianza, 1996. La nómina de los historiadores de la familia ha crecido considerablemente en los últimos tiempos: además de los citados, Dolors Comas, Llorenç Ferrer i Alòs, Simón Tarrés, Angels Torrents, Joan Frigolé, Joan Bestard, Rosa Matalí, Antonio Moreno, Isidro Dubert, Camilo Fernández Cortizo, Antonio Eiras, James Casey, Bernard Vincent, Francisco Sánchez Montes, Reina Pastor, Ignacio Atienza, Pérez Moreda, Angeles Valero, Ortega Berruguete, Mercedes Lázaro, Pedro Gurría, Ramón Lanza, Estrella Garrido, etc..

el estudio de la clase obrera³⁰. Un autor como W. H. Sewell ha visto con claridad, ya desde las primeras etapas del nuevo régimen jurídico liberal, cómo la organización, los valores y comportamientos de la clase obrera francesa se modelaron sobre el poso antiguo de las tradiciones artesanales y de los viejos valores corporativos del Antiguo Régimen³¹. Igualmente, la forma en que E. P. Thompson observa «formación de la clase obrera inglesa», modelado historiográfico ya acreditado, está modelado sobre estos principios de tradiciones y experiencias laborales, culturas religiosas y hábitos antropológicos, que tienen en el trabajo-profesión su lugar de confluencia, en cuanto auténtico núcleo duro del modo dominante de producir bienes materiales, de refractar o generar hábitos y valores identitarios y de sustentar las relaciones asimétricas —de subordinación, conflicto, cooperación— dentro de una sociedad. No faltan para el caso español reflexiones en la misma línea³². Apenas resulta, por consiguiente, extraño a la luz de estos enfoques historiográficos que tanto los análisis de los conflictos de clase como su plasmación concreta en los movimientos sociales y políticos del siglo XIX se compaginen mal en la actualidad con las versiones más reduccionistas del marxismo clásico, aquellas que focalizan el análisis social en las categorías —aristocracia, burguesía, proletariado— implicadas en las nuevas realidades económicas de carácter capitalista y las mismas que, con carácter general, llevaron a sus adeptos a reaccionar muy tardíamente ante el desarrollo de las sociedades complejas, como lo muestran paradigmáticamente los debates sobre la llamada cuestión de los intelectuales, un grupo de dirección que planteaba un agudo problema teórico a la concepción científica materialista del marxismo: el hecho de que sin existir como proletario en la estructura productiva, asumía ideológicamente en algunas ocasiones ese papel y en posiciones de liderazgo dentro del movimiento socialista³³. La cuestión de las

³⁰ Algunas de las insuficiencias teóricas de la teoría marxista de las clases, así como un sumario avance de los protagonistas de los movimientos sociales decimonónicos en M. PÉREZ LEDESMA: *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*. Madrid, Alianza, especialmente capítulo 1, pp. 15-33.

³¹ W. H. SEWELL: *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*. Madrid, Taurus, 1992. Parecidas perspectivas sobre la clase obrera alemana, J. KOCKA: «Los artesanos, los trabajadores y el Estado: hacia una historia social de los comienzos del movimiento obrero alemán», *Historia Social*, 12, invierno, 1992, pp. 101-140.

³² Un buen resumen reciente, M. PÉREZ LEDESMA: «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en *Cultura y movilización en la España contemporánea*. R. CRUZ y M. PÉREZ LEDESMA, (eds.). Madrid, Alianza Universidad, 1997, pp. 201-233, con abundante bibliografía sobre la cuestión. También, del mismo autor: «Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología», en *Studia Histórica, Hª. Contemporánea*. VI-VII, 1988-1989, pp. 7-15.

³³ Al respecto, el libro de M. ADLER y el comentario preliminar de L. PAGGI: *El socialismo y los intelectuales. Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas*. Madrid, Siglo XXI ed., 1980. También, *Socialism and the intelligentsia, 1880-1914*. C. LEVY (ed.). London... Routledge..., 1987.

«nuevas clases medias», que es la fórmula genérica de tal aporía, ha sido una de las líneas de avance, con particular protagonismo de la categoría profesión, de la nueva historia social. Partiendo de la concepción weberiana de las tres clases, definidas patrimonialmente por el capital, el trabajo y las cualificaciones, cuyo emplazamiento en el sistema de estratificación social viene definida por su posición relativa respecto, no al modo de producción como en el marxismo, sino al mercado o intercambio de los bienes producidos, se abre todo un mundo de posibilidades para la profesión en cuanto capital cultural, status social y estatuto monopolístico definido en el marco del contexto institucional, que posteriormente la sociología ha desarrollado con amplitud, en particular, con especial fidelidad al padre fundador, por Anthony Giddens³⁴. El entronque de tales postulados con la cuestión marxista de los intelectuales se manifiesta en concepciones como las del sociólogo norteamericano Alvin Gouldner, que ha querido hacer de aquel grupo, desde su aparición como portador de un pensamiento laico en el Renacimiento, el emblema por excelencia de la Nueva (tercera) Clase³⁵.

La profesión es además, ya en este siglo, uno de los baluartes fundamentales del proyecto más general y sistemático de organización política y social alternativo al del liberalismo, como es el corporativismo, el sistema en el que con frecuencia confluyó el «formidable campo de tensión entre presiones del mercado, disciplina estatal y búsqueda de prestigio» —para decirlo con palabras de Alberto Mario Banti— en que los profesionales se vieron implicados en el siglo XIX y que les llevó, en cuanto grupo social, a mostrar «una disponibilidad inquietante para abrazar fácilmente las opciones políticas más extremistas»³⁶. Sin duda los historiadores italianos están en condiciones privilegiadas para calibrar exactamente la influencia que tuvieron determinadas entidades asociativas de los grupos profesionales intermedios en la formación inicial del sindicalismo fascista. En efecto, en la creación en 1920 de la Federación italiana de Sindicatos nacionales y de los primeros sindicatos económicos participaron buena parte de las asociaciones profesionales de estos grupos, al servicio frecuentemente del Estado, hasta configurar años después, ya en la etapa de asentamiento del Estado fascista, los cinco grupos privilegiados del sindicalismo y del Partido fascista: la Associazione fascista della Scuola, la del Pubblico Impiego, la dei Ferroviari dello Stato, la dei Postelegrafonici, y la de Addetti Aziende Industriali dello

³⁴ Destaquemos, entre sus obras, las siguientes: *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Madrid, Alianza, 1989. Un estudio sobre su obra, L. B. KASPERSEN, L.: Anthony Giddens. *An introduction to a Social Theorist*. Oxford, Blackwell, 2000. La distinción entre los modelos marxista y weberiano de las clases, en E. O. WRIGHT: *Clases...*, especialmente pp. 118-121.

³⁵ A. W. GOULDNER: *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*. Madrid, Alianza, 1980.

³⁶ M. A. BANTI: «Burguesías de les 'professions' a l'Europa del segle XIX», en *Recerques*, 28, 1994, p. 41.

Stato. Lo que hace suponer que la estrategia musoliniana por contar con unos instrumentos organizativos de control de masas supo aprovechar diversas corrientes de asociación profesional de las clases medias y de los trabajadores estatales, existentes desde tiempo atrás, que por sus características específicas en el concierto de los organismos de defensa laboral mostraron una cierta predisposición para oponerse a las luchas de la clase obrera propiamente dicha³⁷. Sin un vínculo tan patente como en el caso italiano también en el español, en la fase política ulterior a la comprendida en estas páginas, se vivirán equivalentes tentativas, a la postre fallidas, de reproducir ese contrato social entre grupo de estatus, organizado corporativamente, y dictadura política³⁸.

Vinculado a esta complejidad de los nuevos factores de estructuración, y especialmente al concepto de profesión, está la recuperación del concepto central de movilidad social. En su concepción más típicamente individualista tal concepto se supone ligado sin más a las potencialidades que aporta el capital cultural y las ventajas competitivas que proporciona su uso en las nuevas formas de producción y de mercado. La formación es en este sentido, se ha afirmado, el mecanismo que desencadena el juego competitivo de una sociedad radicalmente meritocrática³⁹, aunque tal radicalidad tal vez convenga matizarla a juzgar por las investigaciones existentes sobre el trabajo obrero en las primeras etapas de la revolución industrial, como antes señalábamos⁴⁰. En todo caso, resulta más adecuada para la época que estamos tratando no tanto el concepto de movilidad social individualista, ese espejismo de la ideología liberal clásica, sino el de la movilidad social que podemos llamar institucionalizada, en el que se articulan factores esenciales de la historia de los grupos sociales; factores como aquellos que hacen referencia a la producción de bienes no primarios, no materiales, como bienes de innovación técnica o bienes de organización, lo que implica la incorporación de un factor de mediación técnica en

³⁷ Al respecto, F. PERFETTI: *Il sindacalismo fascista I: Dalle origine alla vigilia dello Stato corporativo (1919-1930)*. Roma, Bonacci Ed., 1988 y *La Camera dei fasci e delle corporazioni*. Roma, Bonacci Ed., 1991; A. LYTTTELTON: *La conquista del potere: il fascismo dal 1919 al 1929*. Roma, Laterza, 1982, especialmente pp. 348-380 y R. LAZZERO: *Il Partito Nazionale Fascista*. Milano, Rizzoli, 1985, pp. 221 ss.

³⁸ F. VILLACORTA BAÑOS: «Dictadura y grupos profesionales organizados, 1923-1930», en *El nacimiento de los intelectuales en España*, C. SERRANO ed., Ayer, 40, 2000, pp. 51-78.

³⁹ Al respecto, E. LAMO DE ESPINOSA, J. M. GONZÁLEZ GARCÍA y C. TORRES ALBERO: *La sociología del conocimiento y de la ciencia*. Madrid, Alianza, 1994, p. 37, citando el trabajo de M. HOUT: «More Universalism; Less Structural Mobility: The American Occupational Structure in the 80's», en *American Journal of Sociology*, 93, 6, 1988.

⁴⁰ Al respecto, véase el interesante artículo de E. CAMPS CURA: «La teoría del capital humano: una contrastación empírica. La España industrial en el siglo XIX», *Revista de Historia Económica*, 2, 1990, pp. 305-333, que comprueba empíricamente en una empresa la quiebra de esa teoría clásica del capital humano, observando, por el contrario, la importancia de los mecanismos promocionales de tipo antiguo.

las relaciones desnudas entre capital y trabajo, que es un elemento esencial de diferenciación de ciertos estratos sociales medios; o como los que hacen referencia a su participación en lo que se ha llamado, siguiendo las categorías de Carchedi, la «función global del capital», es decir, en las labores de control y vigilancia del proceso de trabajo, que es un factor singularizador esencial de sus funciones respecto a las de los otros trabajadores asalariados⁴¹; factores también tan importantes como el de la generalización de los sistemas educativos públicos, la inversión en capital humano, uno de los resortes decisivos, sin duda, en la institucionalización de la movilidad social, según lo patentizan todos los estudios particulares que documentan los estrechos vínculos entre formación y desarrollo económico⁴². Por sólo poner un ejemplo concreto respecto a España, mencionaríamos el desarrollo de la red de instituciones de enseñanza profesional, las que se integrarán en el plan nacional previsto en el Estatuto de Enseñanza Industrial de 1924 y en el de Formación Profesional de 1928 (las Escuelas de preaprendizaje, las Escuelas del trabajo industriales y artesanas, las Escuelas de técnicos industriales, las oficinas laboratorio de orientación y selección profesional) que sin duda es el aspecto más novedoso del sistema educativo español de las primeras décadas de siglo, aunque por desgracia también el más desconocido hasta el momento⁴³. O factores ligados a las experiencias de economía y consumo mesocráticos, como las sociedades cooperativas de producción, crédito y consumo o la construcción de casas baratas, fenómenos que están mereciendo cada vez mayor atención investigadora⁴⁴ y, muy particularmente, por parte de los historiadores sociales, dado que, en efecto, se trata de experiencias más importantes en realidad, según lo que se ha estudiado, por su efecto social o por su capacidad para encuadrar bajo

⁴¹ G. CACHERDI: *The economic identification of social classes*. London, Routledge..., 1977. Recogido en V. BURRIS, «La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases, en *Teorías contemporáneas*..., pp. 143-144.

⁴² Respecto a España, desde esta perspectiva, C. E. NÚÑEZ: *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*. Madrid, Alianza, 1992 y «Alfabetización y desarrollo económico en España, 1860-1977», en *La maldición divina. Ignorancia y atraso económico en perspectiva histórica*, C. E. NÚÑEZ y G. TORTELLA (eds.), Madrid, Alianza, 1993, pp. 223-236.

⁴³ No es la ocasión de entrar con detenimiento en esta materia. Bástenos el libro *Historia de la educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*. Edic... de J.-L. GUERENA, J. RUIZ BERRIO y A. TIANA FERRER. Madrid, C.I.D.E., 1994, para dejar constancia de las líneas principales de investigación en marcha y testificar el relativo olvido de la formación profesional.

⁴⁴ Algunos ejemplos: A. PÉREZ BARÓ: *Historia de la cooperación catalana*. Barcelona, Nova Terra, 1974; A. MARTÍNEZ LÓPEZ: *Cooperación y transformaciones agrarias en Galicia, 1886-1943*. Madrid, Ministerio de Agricultura..., 1995; J. EQUIZA: *El cooperativismo en Navarra en el siglo xx*. Pamplona, Nueva Utopía, 1996; S. GARRIDO: *Treballar en comú. El cooperativisme agrari a Espanya (1900-1936)*. Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1996; *El movimiento cooperativo en Euskadi (1884-1936)*, L. ARRIETA y otros. Bilbao. Fund. Sabino Arana, 1998. Datos también en J. J. MATEU GONZÁLEZ: «El cooperativisme agrari a les Garrigues: gènesi i evolució a Llardecans i Maials (1880-1962)», *Recerques*, 34, 1996, pp. 75-96.

control las inquietudes del pequeño campesinado que por su verdadera entidad económica.

¿Podemos considerar que los resultados de este análisis microhistórico que venimos mencionando, que sin duda, tanto o más que de Marx, son deudores de Durkheim y muy especialmente de Weber —por no citar más que a dos padres fundadores de la sociología— en la medida en que sustituyen la perspectiva productivista de la estructura social por la relacional, es decir, por la ventaja competitiva sacada a los recursos y productos sociales a partir de condiciones o culturas particulares de los sujetos históricos, resultan contradictorios con el hecho de que sea precisamente ésta la época en que las relaciones sociales comienzan a decantarse en torno a un conflicto cada vez más agudo de clases sociales en sentido marxista y directamente influenciadas por su concepción del conflicto social? A decir verdad, el historiador, el historiador social en particular, difícilmente puede renunciar a insertar los datos obtenidos con sus nuevos procedimientos microhistóricos en un —nuevo o viejo— esquema integrado de significación histórico-política en el que los conceptos de dominio o de resistencia continúan siendo, a despecho de aquella pluralidad y heterogeneidad constitutiva de lo social, el eje en torno al que gira la dinámica de las relaciones sociales en el siglo xx.

Este retorno hacia categorías históricas generales no resulta tan arbitrario como pudiera parecer si tenemos en cuenta, como dice Val Burris, que el propio concepto de «dominación», que es el que ha comenzado a imponerse para caracterizar la índole de esas relaciones sociales frente al histórico de «explotación», es por sí mismo muy indicativo de los cambios recientes operados en el análisis social⁴⁵. El sentido más preciso de esos cambios se percibe si ponemos sobre la mesa el otro elemento de renovación metodológica que mencionábamos más arriba: el de la conciencia, la cultura y la acción social como elementos esenciales en la conformación de las categorías sociales. Aunque son categorías de análisis problemáticas en sí mismas si se les considera autónomamente, ya que se corre el peligro de sustituir el determinismo económico-social por un puro nominalismo tipológico de las categorías sociales, por un arbitrario sistema de socialización referencial a partir de la mera autoconciencia de los grupos sociales diferenciados, o en último caso de caer en las teorías más extremas del llamado constructivismo social, lo cierto es que a partir de ellas se ha renovado considerablemente en los últimos tiempos en España el estudio de los movimientos sociales⁴⁶. La cultura, las experiencias sociales son, según estas orientaciones, el molde

⁴⁵ V. BURRIS, «La síntesis neomarxista...», pp. 142-151.

⁴⁶ Para testificarlo está el profesor M. PÉREZ LEDESMA que a tenido parte considerable en ello. Además de los trabajos ya mencionados: «La imagen de la sociedad española a fines del siglo xix», en *Clases populares, cultura, educación*. Coloquio hispano-francés... Ed. e intr. de J.-L. GUERENA y A. TIANA. Madrid, Casa de Velázquez-UNED, 1989, pp. 97-109. Idem: «Historia del movimiento obrero. Nuevas fuentes, nueva metodología», en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, VI-VII, 1988-1989, pp. 7-15.

donde se construyen las identidades sociales y donde se genera la acción social. En cuanto tal, encarnan, sin duda, el enfoque reciente más sugestivo y renovador de la historia social clásica, pero siempre y cuando se aplique a su vez —cosa que no siempre se hace— idéntica concepción renovadora al propio concepto de cultura, en cuanto universo simbólico y ritual compartido, vinculado estrechamente a las experiencias primarias de los grupos sociales, como son los recursos materiales, el trabajo, los espacios y modos de vida y las relaciones sociales, con las que entablan una permanente dialéctica de interacción, a la vez de continuidad y de cambio⁴⁷. En todo ello se genera el estado de conciencia que «crea» las identidades colectivas, entes reales y no meras abstracciones ideológicas arbitrarias, donde enraízan las representaciones colectivas de la realidad y su acción sobre ella. Estas primeras décadas del siglo son, a este respecto, el gran momento de las organizaciones empresariales y gremiales y el de la eclosión, hacia todas las direcciones, del asociacionismo popular, del que los movimientos obrerista y profesional sólo muestran su parte más emergente⁴⁸.

A la par que más sugestiva, es también esta vertiente de la cultura, la acción y las relaciones entre los grupos sociales la que termina en algunos casos por producir resultados más discutibles. Ciertamente no siempre se han sacado las conclusiones globales que están implícitas en las concepciones poliédricas e interaccionistas de la estructuración y de las relaciones sociales que venimos describiendo, es decir, no siempre se parte de una concepción de la realidad histórica integradora de todos esos conceptos mencionados, lo que hace —división del trabajo académico obliga— que la insistencia en los perfiles innovadores de escuela terminen a veces por distorsionar el conjunto. Esto sucede, por sólo poner algunos ejemplos relativos a estos nuevos enfoques, cuando el estudio de las redes de relación económica y social termina por prevalecer sobre el de las condiciones que impulsan a los individuos

⁴⁷ Sirvanos como ejemplo de esta nueva metodología cultural los artículos de P. BURKE: «La nueva historia socio-cultural», *Historia Social*, 17, otoño, 1993, pp. 105-114 y R. CHARTIER: «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, 17, 1993, pp. 97-103. Con carácter más general, de este historiador: *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona, 1992.

⁴⁸ Una aproximación estadística del asociacionismo popular en esta época, E. MAZA ZORRILLA: «Las clases populares en España. Continuidad y transformaciones en el perfil asociativo (1887-1930)», *Investigaciones Históricas*, 15, 1995, pp. 297-314. También, J. L. GUERENA: Fuentes para la historia de la sociabilidad en la España contemporánea, *Estudios de Historia Social*, 50-51, julio-diciembre, 1989, pp. 273-305. También la empresa y las organizaciones empresariales, después de un largo olvido, han comenzado a recibir la atención que se merecen. M. CABRERA, F. del REY, I. ARANA PÉREZ, P. CALVO CABALLERO, J. MORENO LÁZARO, J. M. VALDALISO, F. CABANA, C. ALMUIÑA, F. ALLENDE, E. PINILLA DE LAS HERAS, S. BENGOCHEA, P. DÍAZ MORLÁN, F. ERICE SEBARES son algunos de los historiadores empeñados en esa tarea. Mencionemos al detalle únicamente su reivindicación historiográfica del tema: M. CABRERA y F. DEL REY: «Entre la condena y el olvido. Los empresarios y sus organizaciones en la historiografía española», *Sociología del Trabajo*, 3, 1988, pp. 141-164.

a ordenarse precisamente en torno a esas líneas de polaridad de índole económica, social o cultural; cuando se opta, en la problemática cuestión de los criterios de la existencia de las clases o grupos como entes colectivos sociales, por el de la conciencia o acción colectiva (el ser para sí marxista) frente al del ser social (ser en sí), asumiendo de esta forma como punto básico de referencia un principio general incondicionado de individualismo competitivo sin tener en cuenta la complejidad de la dialéctica reactiva y proactiva de los comportamientos en las relaciones sociales; cuando se sustituyen los viejos modos dualistas y teleológicos de historiar el movimiento obrero por la riqueza formal de las nuevas orientaciones de la movilización de recursos, pero sin querer entrar en las hipótesis sociales últimas que les sustentan: las de un modelo ultraindividualista de estructuración social; cuando, en fin, se diseñan hipótesis sobre el funcionamiento de la economía de la política en la España contemporánea —por referimos a las siempre sugestivas propuestas del profesor Varela Ortega⁴⁹— pero a costa de aislar relativamente el mundo de la política de sus determinantes económicos básicos, que explican el engarce social del dominio político, su ejercicio frecuentemente coactivo⁵⁰ y la desmovilización de los «consumidores» de los bienes políticos. Y sin embargo, tanto la historia como la sociología poseen ya herramientas metodológicas rigurosas, integradoras de los recursos de poder económico, del capital simbólico y del poder político, capaces al menos de proporcionar algunas salidas teóricas a la pura historización de las apariencias en que pueden convertirse, si no se toman las debidas precauciones, algunos de los nuevos enfoques de la historia social. Categorías como el concepto gramsciano de «hegemonía»⁵¹, el de «conformismo lógico» de Durkheim⁵² o el que E. P. Thompson denomina el «sentido común del poder». Categorías singulares, cada una, de concepciones político-sociales de autor, para todas podrían servir por aproximación las palabras con que éste último define su propuesta: una forma de dominio «que satura la vida

⁴⁹ La versión más reciente, en la que recoge las aportaciones de varios artículos anteriores, en J. VARELA ORTEGA y L. MEDINA PEÑA: *Elecciones, alternancia y democracia. España-México, una reflexión comparativa*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 17-193.

⁵⁰ Y se puede apelar como testimonio al respecto a los cientos de documentadas páginas sobre la violencia política en el siglo XX de E. GONZÁLEZ CALLEJA: *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*. Madrid, CSIC, 1998 y *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*. Madrid, CSIC, 1999.

⁵¹ Sobre él, B. FONTANA: *Hegemony and power: on the relation between Gramsci and Machiavelli*. Minesota, University Press, 1993; A. CHIHU AMPARAN: *Gramsci y su nuevo paradigma en la concepción de la política*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1991, especialmente pp. 109-115 y C. FEIXA: «El teatre de l'hegemonia. Revisió a Gramsci», en *El Contemporani*, 2, gener-abril, 1994, pp. 27-33.

⁵² Que hace asumir ideológicamente como naturales e inevitables aquellas divisiones impuestas por el orden social dominante, E. DURKHEIM: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, 1993, p. 53.

cotidiana, que se expresa, más o menos conscientemente, en la aplastante hegemonía de la clase dominante y en sus formas de dominación ideológica» y ante la que el ser social sólo de manera precaria y tentativa accede a la conciencia social en un juego de tensiones entre el peso de las «congruencias» del sistema, la «contradicción» a sus normas y el «cambio involuntario» en las condiciones de la vida material⁵³.

Todo ello obliga a replantear los términos, a veces excesivamente optimistas, que hipostasian el enriquecimiento epistemológico y los cambios en la percepción historiográfica en transformaciones decisivas en los objetos históricos observados. Las preguntas claves en la cuestión social que nos ocupa serían, a mi parecer, en qué medida los fenómenos de innovación producidos en los parámetros básicos de la sociedad y en su estado de conciencia pública han modificado de forma significativa su estratificación socioeconómica básica, aquella sobre la que enraíza el juego múltiple de las relaciones sociales. En segundo lugar, aceptando la índole conflictual de esas relaciones, se denomine conflicto social, lucha de clases, movilización social o el eufemismo de relaciones laborales, en qué medida estas nuevas concepciones complejas de los grupos sociales ha transformado el protagonismo central de esas pugnas, es decir, han modificado las concepciones marxistas anteriormente dominantes de una dialéctica social basada en los enfrentamientos burguesía-aristocracia y burguesía-proletariado —en términos generales, a fin de acoger las distintas denominaciones de la nueva historia sociopolítica, una dialéctica entre herencia social y procesos de modernización— y lo ha transferido hacia un escenario multidireccional e interaccionista de esas relaciones. Y en tercer lugar de qué manera esos cambios se han traducido en el marco, ciertamente inevitable, de lo político y, en particular, en las formas de representación política; de la representación política convencional, es decir, de la representación política liberal, pero por qué no de otras formas de representación o de otros tipos de comportamiento con respecto a lo político, como las representaciones corporativas o los pactos implícitos entre grupos sociales y dictadura política, que en absoluto resultan desdeñables por el hecho de que se trate de caminos históricos aparentemente hoy clausurados.

Nos vemos obligados en este punto, para responder a estos interrogantes, a retornar, aunque sea muy brevemente, el concepto de modernización que nos ha servido de guía. Y hay que reconocer que con todo ello el término termina por escaparse por entre los dedos, lo cual, para ser precisos, no contradice el hecho de que se hayan producido transformaciones cuantitativas y cualitativas de innegable calibre en la mayor parte de los indicadores históricos que nos sea dado analizar, ni que a la larga la acumulación de esas experiencias terminen por confluír sobre un tipo de sociedad que se reconozca en los caracteres arquetípicos de la modernidad. Lo que falla a la luz de un aná-

⁵³ E. P. THOMPSON: «Folklore, antropología e historia social», en *Historia Social*, 3, 1989, pp. 100-102.

lisis histórico, es decir, basculado sobre los conceptos básicos del cambio y del tiempo, son las estáticas y unidireccionales construcciones sociológicas sobre la modernización, que comprenden *inseparablemente* el crecimiento de la economía industrial y terciaria libres y competitivas, el avance del mundo urbano, la generalización de bienes y servicios de tipo social (educación, sanidad, seguros sociales, información), la diversificación de la estructura social y el progreso en la socialización política y en la secularización social, es decir, en la democracia política⁵⁴. Y más que estos enunciados concretos de la modernidad social, es la concepción de la realidad que se desprende del método histórico lo que resulta difícilmente compatible con tal esquema. Se podría decir al respecto lo mismo que E. P. Thompson observaba acerca de las categorías del materialismo histórico por oposición a su cristalización estructural en la escuela althusseriana, «así como sobre ciertos estructuralismos o sistemas funcionales»: que las categorías particulares que contabilizan la modernización de una sociedad «sólo pueden ser comprendidas como categorías históricas, como categorías o conceptos apropiados para la investigación de procesos, para el examen de hechos que, incluso en el momento de ser interrogados, cambian de forma (o conservan la forma pero cambian de sentido) o se disuelven en otros hechos; conceptos apropiados para el manejo de datos empíricos no susceptibles de representación conceptual estática, sino sólo como manifestación o contradicción»⁵⁵.

Por insistir concretamente sobre algunos de los elementos de análisis que la historiografía española sobre el siglo xx ha puesto sobre la mesa, se puede afirmar rotundamente que a corto plazo cierto grado de modernización económica y social puede producirse —de hecho históricamente se ha producido así en la mayor parte de los países occidentales— a contracorriente del *laissez-faire*, gracias precisamente a un protagonismo particular del Estado empresario y del Estado previsor o amparadas en unas relaciones entre Estado y sectores económicos trufadas de proteccionismo o corporativismo privilegiado⁵⁶; que el aumento de la población activa en industria y

⁵⁴ Han reflexionado particularmente sobre ella, entre otros, J. TUSELL: *Modernización política en la España del primer tercio del siglo xx*, en *Revista de la Universidad de Madrid*, XXI, 81, 1972, pp. 183-201; D. COMAS D'ARGEMIR y J. CONTRERAS: *El proceso de cambio social*. Suplemento al nº 55, abril-junio, 1990 de *Agricultura y Sociedad*, 71 pp. proporcionan una pedagógica exposición y crítica de las teorías sobre la modernización, que después aplican a casos concretos de la sociedad española de las décadas 60 a 80 del siglo xx, además de los artículos ya mencionados de T. CARNERO ARBAT.

⁵⁵ E. P. THOMPSON: *Miseria...*, p. 77.

⁵⁶ Un claro resumen de esta perspectiva, G. TONIOLO: «Atraso y modernización de la economía europea durante los siglos xix y xx», *Historia Contemporánea*, 4, 1990, pp. 185-196. Respecto a la modernización económica de España, los artículos incluidos en el monográfico *El Estado y la modernización económica*, P. TEDDE DE LORCA, ed., Ayer, 21, 1996. Con un planteamiento más general, A. ELORZA, L. ARRANZ y F. del REY: «Liberalismo y corporativismo en la crisis de la Restauración», en *La crisis de la Restauración. España entre la primera guerra mundial y la II República*, II Coloquio de Segovia..., Edición... de J. L. GARCÍA DELGADO. Madrid, Siglo XXI ed., 1986, 5-50.

servicios o el proceso de urbanización que lleva anejo pueden no quebrar a corto y medio plazo los esquemas básicos de estructuración social, determinados por la situación de la propiedad y el tipo de economía dominantes en el mundo rural y ni siquiera torcer de forma significativa las grandes magnitudes de la correlación electoral de fuerzas, aunque efectivamente en las ciudades comiencen a irrumpir movimientos políticos que buscan romper el marco de la política oligárquica dominante.

La historiografía sobre el mundo rural, aparte las considerables diferencias de escuela sobre el impacto del sector agrario en la marcha económica general del período, coincide en pintar con tintes de claroscuro el cuadro de las transformaciones producidas en el campo, del que sólo saldrían en clara franquicia algunos sectores o regiones agrícolas muy concretos. En efecto, si puede hablarse de aumento considerable de la producción y de la productividad, también de un reparto extraordinariamente desigual del producto agrario; si de descenso de la mano de obra agraria, fenómeno sólo relativo para la época que tratamos, también de su orientación en buena medida a la emigración exterior más que a la industria y servicios, al menos hasta la segunda década del siglo⁵⁷. La zona más oscura del cuadro corresponde desde luego al sistema de propiedad, en el que si es cierto que se produjeron algunos episodios de transferencia de propiedad hacia arrendatarios y colonos, o de modernización de los sistemas de tenencia, como ha mostrado las investigaciones sobre el mundo rural en Galicia, País Valenciano, Baleares o Castilla⁵⁸, también el fenómeno inverso de despojo del pequeño campesinado por la vía de la usura o del endeudamiento fiscal. A finales del XIX —señala al respecto A. M. BERNAL— llegó a darse el caso de estar confiscadas por Hacienda más de un millón de fincas y que muchos campesinos llegasen a perder sus propiedades⁵⁹. Lo que sí parece claro es que no existió una transformación significativa de la estructura de la propiedad como al parecer, por poner un ejemplo muy pertinente en este caso, es posible constatar en am-

⁵⁷ Datos interesantes sobre la ecuación agricultura y modernización en A. M. BERNAL: «Cambio económico y Modernización social, 1880-1936», en *Cambios Sociales y Modernización, Historia Contemporánea*, 4, 1990, pp. 173-184. Del mismo autor: «La llamada crisis finisecular (1872-1919)», en *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*. Edic. de J. L. GARCÍA DELGADO. Madrid, Siglo XXI eds., 1985, pp. 215-263 y «Resistencias al cambio económico desde el sector agrícola», en *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*. Edic. de J. L. GARCÍA DELGADO. Madrid, Siglo XXI edit., 1991, 141-156.

⁵⁸ Un resumen de todos estos cambios regionales, con bibliografía al respecto, en R. RO-BLEDO HERNÁNDEZ: «La renta de la tierra en la crisis de fines del siglo XIX: variantes regionales», en *La España de la Restauración...*, pp. 311-329.

⁵⁹ A. M. BERNAL: «La llamada crisis...», p. 237. Datos muy interesantes sobre estos grupos sociales agrarios en *Señores y Campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX*, vol. 2: *Campesinos y pequeña explotación*. P. SAAVEDRA y R. VILLARES, eds. Barcelona, Crítica, 1991.

plias zonas de Italia en la segunda década del siglo XX, origen de una nueva clase media agraria que apoyará decididamente las soluciones políticas autoritarias del fascismo⁶⁰.

Sobre el efecto muy matizado de estas transformaciones en la sociedad política han insistido también algunos trabajos concretos, que si algo muestran en términos generales es precisamente la fragilidad de las tentativas de cambio ideológico no sustentadas por cambios cualitativos en las estructuras materiales básicas de una sociedad⁶¹. Más que en ningún otro terreno, el espejismo de lo nuevo, de la ciudad y de los fenómenos de innovación a ella ligados⁶², puede oscurecer lo más importante: que el campo y los fenómenos que en él se estaban produciendo: lo que se puede llamar una segunda revolución agraria —el proceso creciente de capitalización agrícola, sobre todo de la gran propiedad— cabalgando sobre la primera —disolución y reparto de la propiedad señorial y eclesiástica— incompleta, el cuestionamiento de las tradicionales formas clientelares de gestión de la economía y del poder local como era el caso de las zonas de predominio del latifundio o el repliegue defensivo bajo la protección de la Iglesia y la gran propiedad en buena parte de las de minifundio, todos estos fenómenos, en resumen, de imbricación entre lo nuevo y lo tradicional no tenían por qué traducirse de forma automática en el plano de la política liberal, no producía necesariamente demócratas, dicho en términos deliberadamente simplificadores. Es más, que ese mismo cuestionamiento mencionado puede no ser moderno, en el sentido convencional y teleológico del término, como tantas veces sucede en los comportamientos reactivos ante las transformaciones económicas y sociales. Que con carácter general el aumento de la socialización y de la movili-

⁶⁰ Datos generales al respecto en CH. S. MAIER: *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*. Madrid, Ministerio de Trabajo..., 1988, especialmente, pp. 397-403.

⁶¹ Algunos destacados trabajos, B. DE RIQUER para la ciudad de Barcelona: «Los límites de la modernización política. El caso de Barcelona, 1890-1923», en *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Edic. de J. L. GARCÍA DELGADO. Madrid, Siglo XXI edit., 1992, pp. 21-60. Sobre Valencia, T. CARNERO ARBAT: «La modernización de la ciudad de Valencia (1895-1935): cambios y persistencias», en *Las ciudades...*, 189-222, «Democratización limitada y deterioro político en España, 1874-1930, en *Democracia, elecciones y modernización en Europa. Siglos XIX y XX*. S. FORNER (coord.). Madrid, Cátedra, 1997, pp. 203-239 y «Política sin democracia en España 1874-1923», *Revista de Occidente*, 83, abril, 1988, pp. 43-58. Más centrado aún en la argumentación aquí sostenida, el de R. REIG: «El caso valenciano: un proceso de modernización involutivo», en *Las ciudades...*, pp. 223-243, centrado en la involución final del republicanismo blausquita que había roto en la ciudad de Valencia el modelo bipartidista dominante.

⁶² El interesante trabajo de S. FORNER MUÑOZ, M. GARCÍA ANDREU, R. A. GUTIÉRREZ LLORET y R. ZURITA ALDAGUER: «Modernización social y comportamiento electoral urbano en España, 1910-1923», en *Democracia, elecciones...*, pp. 241-293, ha mostrado efectivamente el comportamiento político diferencial entre núcleos urbanos y rurales, pero reconociendo en resumen que «durante el primer cuarto del siglo XX, las ciudades se configuraron también como islotes de modernización», p. 290.

zación política, sindical y profesional puede no conducir necesariamente hacia la democratización liberal del sistema político. Por el contrario, en determinadas condiciones de crisis social, sobre un fondo ya antiguo de crisis ideológica de los valores liberales, puede agudizar las tendencias hacia el corporativismo social, es decir, hacia formas de representación del patrimonio respectivo de los diferentes grupos sociales, sea el capital, el trabajo o el conocimiento, y reforzar por ese camino el otro concepto, antagónico, de democracia, la social en un sentido amplio, generalizada en la cultura política de los movimientos obreros de la época y creciente entre los valores del resto de los estratos sociales⁶³.

De esta forma, volviendo a las cuestiones políticas de la España de la época, ni el mantenimiento de los caracteres políticos de la representación oligárquico-caciquil puede ser interpretado unilateralmente como un resultado de una desmovilización social, de la ausencia de una auténtica demanda democratizadora, sin otros matices, ni la eclosión de organizaciones, entidades, sindicatos, que contradice radicalmente esa idea, pueden interpretarse legítimamente al más moderno modo funcionalista como síntesis de una confrontación de intereses y de una estructura formalizada de cualidades, recursos y oportunidades en los que se embrida el criterio racional por excelencia de diferenciación funcional y de estratificación social de una sociedad compleja. Por el contrario, tales formas identitarias y de movilización colectiva fueron en su momento mucho más que eso: fueron cuando menos el emblema de una ruptura con el modelo liberal de organización social en un sentido amplio y a partir de ahí, con toda su carga de futuro, se proyectaron con mayor o menos éxito, con mayor o menor contaminación de los valores liberales, hacia la escena política. La lectura corporativista del movimiento social no es ciertamente nueva, pero sin duda está ganando numerosos adeptos en los últimos tiempos. Cómo no recordar todas esas tendencias, no sólo en las organizaciones patronales o profesionales, sino incluso en el seno de un sindicato como la UGT o incluso en el partido socialista⁶⁴.

Todo, en fin, indica que los factores de modernización —reales— que podemos catalogar en la España de las primeras décadas del siglo XX son en sí mismos bidireccionales y con no poca frecuencia contradictorios entre sí

⁶³ Véanse los ajustados términos con que valora estos cambios en el concepto de representación desde mediados del XIX R. ROMANELLI: «Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo», en *Democracia, elecciones...*, pp. 23-46.

⁶⁴ Las corrientes de corporativización en el movimiento sindical de todos los países, y sus ambigüedades, son una de las más interesantes perspectivas de análisis social. Algunos datos generales en CH. S. MAIER, *obr. cit.*, pp. 177-190. Sobre las corrientes corporativistas en el PSOE y UGT, J. ANDRÉS-GALLEGO: *El socialismo durante la Dictadura, 1923-1930*. Madrid, Tebas, 1977 y S. JULIÁ: «Corporativistas obreros y reformadores políticos: crisis y escisión del PSOE en la II República», *Studia Historica, Historia Contemporánea*, I, 4, 1983, pp. 41-52.

y que la orientación que, al cabo, llegan a adoptar no puede ser desligada de las experiencias inmediatas de los agentes históricos —de su espacio, su tiempo, su sentido inmediato y no un sentido construido a posteriori— que en definitiva son las categorías básicas con que opera el conocimiento histórico.